eficaces; tenédmélos en reserva, para que á la hora que los necesite me lleguen vivos y vencedores de los tesoros de vuestra Eucaristía, donde residió y donde siempre podré encontraros, ¡oh Liberalidad siempre adorable!

LA INSTITUCIÓN

DE LA EUCARISTÍA

El Sacerdote.

I.—Adoración.

Reunid todos los sentimientos de respeto, de veneración, de reconocimiento, de amor y de fe que pueden entrar en el acto de adoración, para adorar á Nuestro Señor Jesucristo como lo merece, bajo su nombre sacrosanto y admirable é inefable de Sacerdote. Descorred por la fe el velo de las especies, y en este Santo de los santos en que ejerce hasta el fin la función suprema de su sacerdocio eterno, adorad al Sacerdote por excelencia: «*Tu es sacerdos in æternum.*» Vos sois Sacerdote, Vos sois el único Sacer-

dote eterno, oh Jesús, hijo de Dios hecho hombre. Vos sois Sacerdote como nadie lo ha sido ni lo será, Sacerdote por esencia, Sacerdote por naturaleza, así como por elección, y vuestra elección es vuestra naturaleza misma que os ha constituído Hombre-Dios. Vos sois Sacerdote en toda la plenitud de la forma sacerdotal, en toda la perfección de las cualidades sacerdotales, en toda la extensión posible del poder, de la acción y de las funciones del Sacerdocio: *Tu es sacerdos*. Oh Jesús, nuestro Sacerdote, yo os saludo, os aclamo y me prosterno delante de Vos, os adoro y quisiera fundirme de reconocimiento y anonadarme de respeto ante la verdad profunda é incomprensible, ante las cualidades preeminentes, ante la acción infinita é inefable de vuestro nombre, de vuestra perfección, de vuestras funciones de Sacerdote: *Tu es sacerdos*.

El primer oficio de Cristo como mediador es el sacerdocio, y su primer acto es intervenir entre Dios y los hombres para ser el intermediario auténtico de sus relaciones religiosas, *Sacerdos, quasi sacra dans*, dice Santo Tomás: propio es del sacerdocio comunicar al pueblo los dones sagrados de Dios, la verdad, la gracia, el perdón, la vida sobrenatural, y hacer

subir hasta Dios los dones sagrados de los hombres, sus adoraciones, sus oraciones y sus ofrendas. Tal es el sacerdocio: es el poder dado por Dios á un hombre, escogido por Él, de ofrecerle en nombre de la sociedad humana los homenajes religiosos que le debe, en la forma que á Él le agrada recibirlos, é igualmente el poder de traer á los hombres las palabras, las órdenes y los dones de Dios. El Sacerdote es, pues, á un mismo tiempo, el hombre de Dios, su ministro para con los hombres, el hombre de los hombres, su embajador y su ministro cerca de Dios. El acto esencial del sacerdocio es el sacrificio, cumbre de la Religion desde donde Dios se arroja sobre la sociedad humana, para honrarle con la ofrenda de una víctima que expresa todos sus deberes, y desde donde le concede sus perdones, le envía sus socorros y la asegura de su satisfacción soberana.

Concentremos nuestra atención en la persona de nuestro adorable Sacerdote. Es claro que el Sacerdote necesita un llamamiento de Dios, para que pueda pretender, sin temeridad sacrílega, aproximarse á Él é interceder por sus hermanos. La delegación del pueblo no bastaría: ¿en qué podría ésta comprometer á

Dios? Dios no se compromete sino con aquellos á quienes llama y á éstos los consagra; es decir, que les da todas las cualidades que quiere encontrar en sus Sacerdotes. ¿Cuándo, por qué signo, unción ó sacramento ha sido Jesús consagrado sacerdote de Dios y de la humanidad?

¡Ah! remontaos á la fuente de su vida, penetrad en lo más íntimo de su ser: ¿veis el momento esperado desde la creación del mundo, en que el Espíritu Santo, habiendo formado un cuerpo de la más pura sangre de María, le infundió una alma más bella que todas las almas creadas? En aquel momento, más violento que el relámpago, pero más grande que el momento de la creación misma, la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo, atrae á sí á esta humanidad privilegiada y le da la existencia, haciéndose su propia persona; Dios Padre contempla á su Hijo, no ya en su seno solamente invisible y espiritual, sino hecho Hombre, hecho carne, teniendo un cuerpo propio y una alma propia; y á pesar de este nuevo estado, como su Verbo no ha perdido nada atrayendo á sí á esta humanidad, Dios Padre dijo á este Verbo, ya hecho verdadero hombre por su naturaleza humana, y Dios por su naturaleza divina: «*Tu es filius meus, ego hodie*

genui te. Tú eres mi Hijo, oh Verbo encarnado; yo te engendro hoy hecho carne, como te engendré desde la eternidad, espíritu puro, en mi seno. *Tu es filius meus.*» Y al mismo tiempo, dice San Pablo, el Padre añade: «*Tu es sacerdos in æternum.* Tú eres Sacerdote por toda la eternidad.» ¡Al mismo tiempo! Es una misma cosa para Jesucristo ser hecho Verbo encarnado y Sacerdote eterno: el llamamiento de Dios consiste en separar esta humanidad de la masa humana infectada del pecado, y unirla á la Persona del Verbo. Allí, como las olas del óleo santo sobre la cabeza del Sacerdote figurativo, todas las perfecciones, la santidad, la verdad, la justicia, la vida, todos los dones y tesoros del Padre á que el Hijo tiene igual derecho, son derramados en la humanidad de Cristo sin medida y sin reserva. Ella goza de todas las infinitas complacencias del Padre, recibe todos los dones divinos, entrando por su Persona en posesión de la naturaleza divina, fuente de todos los bienes; ella se ha hecho santa, inocente, sin mancha, puesta al abrigo de todo pecado, y no teniendo deuda ninguna delante de Dios. Tal es la consagración de nuestro Sacerdote. Y al mismo tiempo, como es el hombre perfecto por excelencia, el más

noble, más puro y más rico de los hijos de los hombres y por la naturaleza y por la gracia su preferido por todos motivos, encuentra en este hecho el derecho de representarlos á todos delante de Dios, resumir en Él todos sus homenajes, todas sus necesidades, todos sus votos, como un jefe de familia representa á todos sus miembros. He ahí su sacerdocio y su doble delegación: la de Dios, que le consagra y acepta, y la de la humanidad, que le delega y envía. ¡Oh Sacerdocio sublime! ¡Sacerdote perfecto! ¡Consagración superabundante! Jesús, yo os adoro en la plenitud y la perfección de vuestro Sacerdocio. Subid á vuestro altar, «trono eterno de la justicia; Dios, vuestro Dios, aquel que es vuestro Padre, os ha consagrado por la unción del más glorioso sacerdocio, sobre todos los ángeles y todos los hombres, vuestros hermanos: *¡Thronus tuus Deus..... unxit te Deus, Deus tuus, oleo exultationis præ participibus tuis!*» De Vos descollarán, como de su única fuente creada, todas las gracias sacerdotales, y todos los que sean llamados al envidiable honor del sacerdocio participarán de vuestra incomparable elevación, y deberán mostrarse dignos de Vos, por una santidad que los haga más semejantes á Vos que todos sus hermanos.

II. — Acción de gracias.

La consagración sacerdotal de nuestro Sacerdote es tan conmovedora como sublime. Porque por nosotros, en nuestro nombre, para representarnos y para provecho nuestro, se hizo Sacerdote el Unigénito del Padre. Como pecadores y culpables, como deudores é indigentes, somos tan impotentes como indignos de llegar á Dios para glorificarle, apaciguarle y solicitar de nuevo sus beneficios. He aquí al Sacerdote santísimo y omnipotente, que siempre será escuchado, porque su mérito infinito le da derecho para ello: *Exauditus pro sua reverentia.* Mas su eminente santidad, que lo sobrepone á toda la masa culpable, ¿no le hará olvidar ó despreciar á la tierra? No; la bondad divina ha querido que, revistiéndose de todas las cualidades de un Dios, tomase todas las miserias, todas las enfermedades, todas las debilidades de un hombre, excepto el pecado. Y aun del pecado, de nuestros horribles pecados, que son nuestro mal esencial y la causa de nuestros innumerables males, nuestro Sacerdote santísimo (y aun parece ser más misericordioso que santo)

toma la tentación, la responsabilidad y el castigo. Él se carga de todo esto, á fin de tener por siempre piedad, condescendencia, misericordia y amor inagotables para el pecador. ¡Ah! Gustad, saboread estas palabras de San Pablo, dichas en alabanza de nuestro Sacerdote infinitamente bueno: «Por lo mis»mo que los hijos de los hombres son carne »y sangre, Él ha querido nacer en la carne »y en la sangre, á fin de destruir en su »propia muerte al demonio, príncipe de la »muerte, y libertar á aquellos que, por temor »á la muerte, pasaban toda su vida en la »esclavitud. Él no tomó la naturaleza de los »ángeles, sino la de los hijos de Abraham. »Quiso también ser semejante en todo á sus »hermanos, para ser misericordioso y fiel Sa»cerdote que ofrezca á Dios el sacrificio de pro»piciación por los pecados del pueblo. Quiso »sufrir ser tentado para hacerse omnipotente »en socorrer á los que son tentados. (Heb., ca»pítulo II.)—Vayamos, pues, con confianza »hacia el trono de la gracia, á fin de encontrar »allí misericordia, gracia y socorros oportunos »en todas nuestras necesidades. Porque nos»otros no tenemos un Sacerdote incapaz de »compadecer á nuestras necesidades: nuestro

»Sacerdote ha sido tentado y probado como »nosotros para asemejársenos en todo, salvo »en el pecado. (Heb., cap. IV.)—Porque es »preciso que todo Sacerdote sea sacado de en»tre los hombres y establecido para ofrecer á »Dios, en nombre de éstos, dones y sacrificios »por sus pecados; es preciso que el Sacerdote »pueda compadecer á los que ignoran y caen; »y por esto Él mismo se sometió á la miseria »humana.—(Heb., cap. V.) Así, nuestro Padre »Jesús, durante los días de su vida mortal, »ofreció á Dios oraciones y súplicas con lá»grimas y sollozos: y aunque fuese Hijo de »Dios, aprendió, por todo lo que sufrió, la »sumisión y la paciencia; y habiendo sido con»sumado en la muerte, se hizo para todos los »que le obedeciesen la causa segura de su sal»vación eterna.» (Heb., cap. V.) Jesús, nuestro Sacerdote, se vió, como cualquiera de nosotros, tentado, débil, desolado, abandonado y perseguido, á fin de comprender todo por experiencia, y compadecer más misericordiosa y tiernamente á nuestras tentaciones, á nuestras debilidades, á nuestras miserias, á nuestras ignorancias y á nuestras caídas. ¡Oh amante y dulce Jesús caritativo y condescendiente, Sacerdote de compasivo corazón! Que

mi confianza en volver siempre á Vos, sin dudar de vuestro corazón, sea mi eterna acción de gracias.

III.—Propiciación.

La vista de la incomparable dignidad de sacerdocio de Jesucristo hace comprender muy bien el crimen que comete el mundo cuando, por exigencia ó violencia, lucha contra los sacerdotes que en la Iglesia continúan visiblemente el sacerdocio de Cristo, y son la personificación real y visible en este mundo del Pontífice eterno. Por baja que sea su cuna, vulgar su espíritu, corta su instrucción, y comunes sus virtudes, desde el momento en que el más humilde de los hijos de los hombres ha sentido correr en su alma de la unción santa, que consagró nuestro soberano Sacerdote, Jesús, quien desde la obra adorable del sacerdocio se difunde hasta á los grados más inferiores de la jerarquía sacerdotal, aquel humilde es Sacerdote, Sacerdote por elección de Dios, Sacerdote por comunicación del sacerdocio de Jesús, Sacerdote por toda la eternidad. Él es la parte de Dios, su propiedad, su ministro; es su instrumento, su órgano, su

boca, para decir sus palabras y su ley, sus perdones y sus condenaciones; su brazo para obrar las maravillas de la vida sobrenatural, crear las realidades del sacramento, aplicar sus bálsamos y distribuir todos los dones de la vida sobrenatural. Él imprime á lo más íntimo de su ser un carácter único é imborrable. El habita en el Santo de los Santos; está sobre todos los pueblos, súbditos y reyes; no pertenece sino á Dios; es el hombre de Dios. Y salvo una apostasía pública, que obligue á la Iglesia á desterrarle de su santuario, tiene derecho á la libertad absoluta de su divino ministerio, á los respetos, á la sumisión, al concurso fiel de todos. Este ha sido el sentir unánime de todos los siglos y de todos los pueblos que no han caído en el delirio de la sinrazón social. ¿Cómo caracterizar entonces los atentados de los poderes públicos contra los derechos, la libertad y la vocación de los clérigos? Este es el más grande de los crímenes sociales, y se comete contra los clérigos de toda jerarquía, desde el niño que es violentamente arrastrado á cambiar contra el escándalo de los campos la paz del Santuario, tan necesario á su vocación naciente, hasta el Soberano Pontífice, cuya libertad está encadenada y su

dignidad ultrajada por las usurpaciones de un poder sacrílego. Reparad también por los juicios temerarios, los cálculos miserables y la inteligencia injuriosa que guían á un gran número de cristianos en su juicio práctico sobre el sacerdocio; por las oposiciones irracionales, las maniobras desleales, tiránicas y sacrílegas, por las cuales algunos se oponen, hasta entre las familias cristianas, á las vocaciones sacerdotales. Y, por último, si algún astro, cayendo del firmamento de la Iglesia, contrista á las almas por el ruido de su caída y deshonra á la Iglesia por su apostasía, reparad también por oraciones, lágrimas y penitencia este crimen, que fué el de Lucifer en el cielo y el de Judas en el Cenáculo.

IV.—Oración.

Nuestro Señor decía á sus Apóstoles: «Ved »cómo las mieses se extienden y blanquean á »lo lejos; pedid, pues, al Amo que envíe obre»ros á su mies.» *Rogate ergo Dominum mes»sis ut mittat operarios in messem suam.* Que sea nuestra oración ardiente y apremiante al terminar la Adoración. Si el sacerdocio es tan magnífico, tan poderoso y tan benéfico; si es

el medio necesario de su mediación y, por consiguiente, de la Redención del mundo, pidamos para innumerables almas la gracia y el honor de participar al sacerdocio de Jesucristo, de extenderlo, de multiplicarlo según las exigencias de la gloria de Dios, del servicio de la Iglesia y de la santificación de los hombres. Pidamos sacerdotes, más sacerdotes, á Aquel que sólo los discierne, los escoge y los llama. Ayudemos por consejos, entusiasmo y limosnas las vocaciones sacerdotales, tan contrariadas en nuestros días por la debilidad de la fe en las familias y por el espíritu del mal que anima á los poderes contra Cristo y contra su Iglesia.

Sobre todo, no cesemos de pedir para todos los sacerdotes una abundante y nueva efusión del espíritu sacerdotal del Sacerdote por excelencia: la santidad de Jesús; es decir, la separación del mundo y de su espíritu; el afecto cordial y profundo al Dios que está en el Tabernáculo, único á quien deber aspirar; el celo por sus intereses en las almas, y, por último, el amor que no retrocede ante el sufrimiento, para completar en ellos el sacrificio no sangriento que ofrecen cada día, y cooperar así á la Redención del mundo: *Sacerdotes tui induantur justitiam et sancti tui exultent.*